

Arquitrave



Gabriel Ferrater • Thanasis Kostavaras • William Agudelo
David Cortés • Andrés Morales • Damir Šodan • Javier Acosta
Manuel A. López • Alexa Legorreta • Juan José Escobar



¡Libertad para la patria de Bolívar!

Arquitrave

Harold Alvarado Tenorio • Director

Ángel Castaño Guzmán • Editor

<http://www.arquitrave.com>

ISSN: 1692-0066

nº 58, Enero-Marzo de 2015

Arquitrave se publica con el patrocinio de A. da Costa e Silva, A. Caballero Holguín, A. J. Ponte, C. A. Valencia, C. Peri Rossi, D. Balderston, E. Calderón, E. Restrepo, G. Angulo, G. Álvarez Gardeazabal, J.C. Pastrana Arango, J.L. Osorio Guzmán, J. Jaramillo Escobar, J. Prats Sariol, J. F. Calle, J. G. Álvarez de los Ríos, J. Saltzmann, Libélula Libros, L. A. de Villena, L. M. Madrid, M. Al-Ramli, P. F. Arango Tobón, R. Arraiz Lucca, R. Rivero Castañeda y R. Hill.

UNA VIDA FRACASADA

Maria Àngels Cabré

Fue de los poetas nacidos en la década de los veinte. Con la Guerra Civil a sus espaldas, ese estado de excepción que se alargará de manera inconmensurable, durante un desierto de casi cuarenta años, y que acabará por convertirlos en un conglomerado de ansias y deseos, y en los albores de los 70, comenzarán a respirar los aires de libertad que tanto habían añorado e instigado. Gabriel Ferrater no lo verá. Un cúmulo de circunstancias lo vencerá y se quitará la vida en la soledad de su apartamento de Sant Cugat, a las afueras de Barcelona, a la que había llegado siendo un muchacho y donde el intelectual heterodoxo que fue vivió sus glorias y fracasos.

Perteneciente a una familia acomodada, había nacido en Reus, en el primer piso del Raval de Santa Anna 80, en una casa señorial de aspecto novecentista situada en el centro de la ciudad. En la agitada primavera de 1938, huyendo de la costa tarraconense, la familia Ferraté -sin la "r"- recalaron en la Ciudad Condal y fueron distribuidos en diferentes domicilios: los hermanos de Gabriel, Joan y Amàlia, en el chalet que tenían en el barrio de Pedralbes unos tíos suyos, que no tardarían en exiliarse a Londres; Gabriel y sus padres en el cercano Instituto Tècnic Eulàlia, propiedad de unos amigos. Barcelona fue en esos días muy castigada por las bombas -una de ellas mató a Julia Gay, la madre de los Goytisolo, a unos pasos del Club Coliseum, en la Gran Vía -, y el sonido de las alarmas pasó a formar parte de la vida cotidiana, así como la visión descorazonadora



de las ruinas. De hecho, uno de esos días, bajo un bombardeo, la hermana de Gabriel tuvo que ser operada de apendicitis. A finales de julio, una avioneta los trasladó a Toulouse, en cuyo aeropuerto los esperaba su padre, Ricard Ferraté, que había conseguido un empleo en el consulado español en Burdeos. Gabriel se quedó dos meses más en Barcelona, leyendo a Josep Carner y a Carles Riba; y, si otorgamos credibilidad a su *“Canción idiota”*, aprendió a hacer el amor a la sombra de los pinos de Pedralbes. A finales de setiembre de 1947, después de los años del exilio francés y tras haber hecho el servicio militar en el Alto Aragón, Gabriel Ferrater decide matricularse en la facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Barcelona como alumno no oficial; tiene veinticinco años y sus avances como estudiante universitario van a ser igual de irregulares y lentos que sus estudios de bachillerato. De hecho, no desistiría de su empeño, y sin conseguir licenciarse, hasta el año 1968, veinte años después de matricularse por vez primera, aunque no cursaría entonces precisamente la carrera que había elegido al comienzo, sino la que podríamos considerar su opuesta, Filosofía y Letras, en cuyas aulas sería al mismo tiempo docente y alumno aventajado, mas nada sistemático. En aquellos primeros tiempos en Barcelona, desde su pensión asomada a los plátanos urbanos, a Gabriel le bastaba atravesar la Rambla para adentrarse en un universo muy distinto, donde las leyes eran otras. El bajo vientre de la ciudad ofrecía en aquellos años un ámbito de libertad a la que no estaban acostumbrados, de modo que, ebrios de curiosidad, paseaban su rotunda juventud por las callejas estrechas y mal ventiladas que constituían el distrito V. Dicen sus amigos que a Gabriel Ferrater le gustaba especialmente el escándalo y que aunque ligaba poco se encendía mucho, pues la suya era una sexualidad exacerbada. Y parece ser

que, en más de una ocasión, él y sus compinches usufructuaron de los favores de unas pobres profesionales del amor a las que después no pagaban alegando falta de recursos, cosa que debía de encolerizarlas y a ellos hacerlos huir entre risas hacia el centro neurálgico de la Rambla. Cruzado el umbral en que la penumbra se iluminaba, refugiados en los jardines del Ateneu o en su silenciosa biblioteca, de suelo tan adamsado como el de los claustros universitarios, esos chicos alborotadores, futuros intelectuales que no tardarían en pasar a formar parte del tejido cultural de la ciudad, regresaban a sus quehaceres. O bien se lanzaban a pasear por una Barcelona sometida y se les hacía de noche rambleando, como a los protagonistas de la novela policiaca que Gabriel Ferrater y su amigo José María de Martín escribirían bajo la atenta mirada del escritor Juan José Mira, agente secreto del Partido Comunista que sería galardonado en esos años con el primer Premio Planeta.

Marinero en tierra, Carlos Barral con su perfil de mascarón de proa y la camisa abierta y remangada; noctívago perdulario, Jaime Gil de Biedma con sus trajes a medida y su corbata impoluta, en el grupo de muchachos alegres e intelectualmente osados que luego llamaríamos Escuela de Barcelona, Gabriel Ferrater se encontró a gusto y fue aceptado sin reparos, aunque tal vez secretamente albergara un pequeño sentimiento de envidia azulado por su condición de provinciano con escasos recursos. Un club informal y enormemente etílico, para algunos muy abierto y para otros muy cerrado, en él que se le admiraba y era considerado un tipo genial, con una inteligencia prodigiosa, que se desbordaba, se salía de sí mismo. La boda de Carlos e Yvonne, en octubre de 1954, había convertido a la pareja en el centro gravitatorio y su ático de San Elías -el pintor Tàpies vivía en el piso de abajo- se había erigido en el ámbito principal

de sus coloquios. Lo frecuentaron todos y por allí pasaron escritores procedentes tanto del resto de la península como del extranjero. Uno de los primeros en llegar fue Blas de Otero, que en el año 1955 se instaló, parece ser que más tiempo de lo debido, en casa de José Agustín. Gabriel Ferrater, viéndolos siempre juntos, los bautizó como “*el húngaro y su oso*”, siendo el oso el poeta bilbaíno. Allí aterrizó Monique Lange, la futura mujer de Juan Goytisolo, que éste presentó a sus amigos ante la presencia irradiante de Ferrater; Monique trabajaba por entonces en Gallimard y estaba llamada a participar en las ya inminentes reuniones de Formentor. Lo cierto es que fueron muchos los intelectuales que entraron y salieron de la casa oscura o de alguno de sus ocasionales centros de reunión: el susodicho ático, el sótano de Jaime Gil -más negro que su reputación-, el palacete de Jaime Salinas, el bar librería Cristal-City, sito en la calle Balmes, que aún existe y sustituyó a las reuniones del Boliche... En el Cristal-City -que aparece en “*Últimas tardes con Teresa*”- organizó Salinas el primer cóctel de prensa de la editorial, institucionalizándolo como sede para los acontecimientos de esa índole.

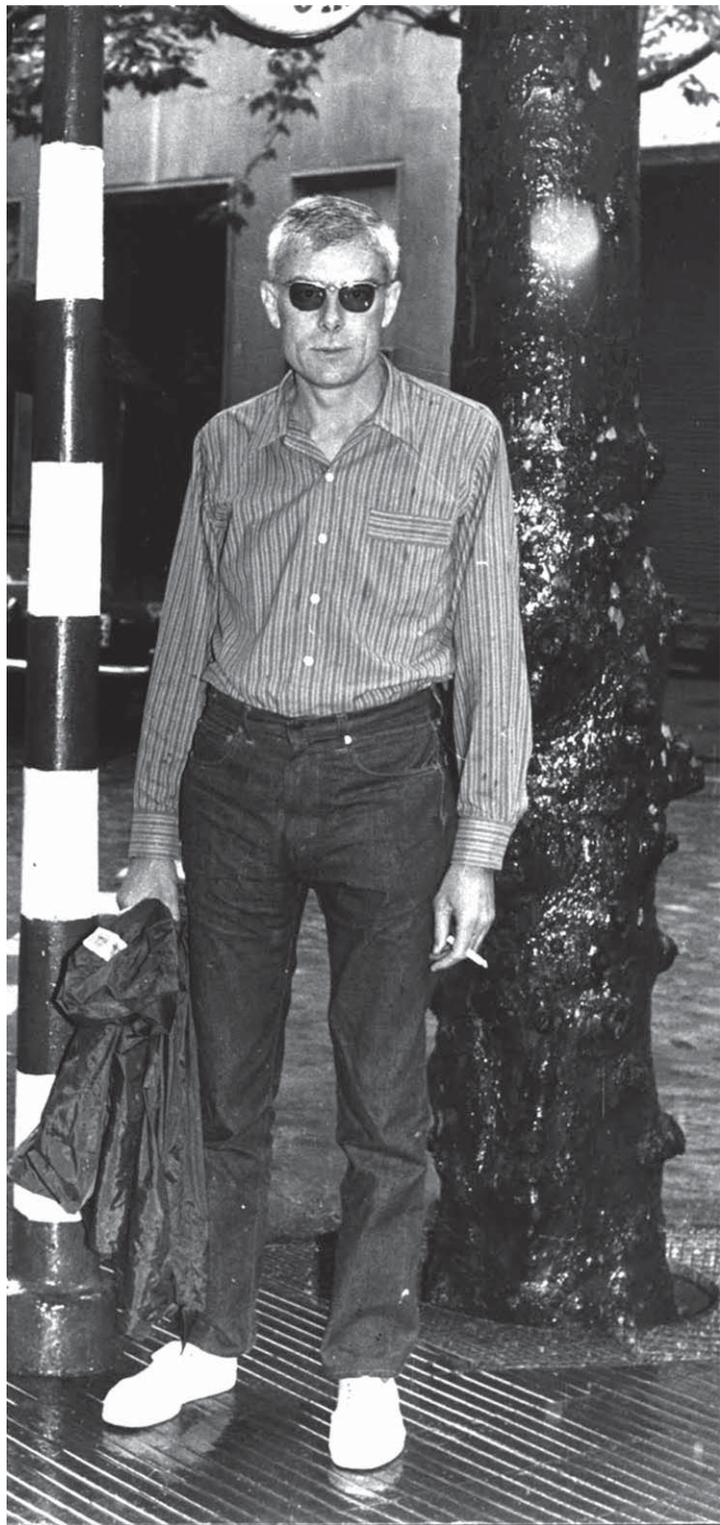
No creo faltar a la verdad si digo que Ferrater, quien bebía ya en aquella época como una esponja, fue el cedazo a través del cual pasó buena parte de la literatura extranjera que se publicaba entonces y que, procedente de las editoriales amigas, traía el correo a “la casa oscura”, es decir, a la editorial Seix Barral. De esas lecturas salieron buena parte de los informes que, junto a los que escribió para la Rowohlt en su estancia en Hamburgo, están reunidos en *Noticias de libros*.

Despuntaba la primavera del año 1958 cuando comenzó su primer libro de poemas, nacido al abrigo de su enamoramiento hacia una prima de su amigo Barral, Isabel Rocha. El amor y

Shakespeare, y no sus sonetos, sino sus dramas, combinados con una nueva lectura de Brecht, lo llevaron nuevamente al arte de versificar, que ya había practicado, al parecer con poco éxito, en su temprana juventud; una sugerente mixtura de elementos que gestó un libro de poemas poco usual, donde conviven un nuevo tratamiento de lo coloquial y una honda reflexión intelectual. Clausurada toda esperanza en su relación con Isabel, Gabriel se fija en Helena, hija de su amigo Eduard Valentí, traductor de Lucrecio. A este respecto, se dice que Gabriel Ferrater causó estragos en esos años entre las mujeres de sus amistades, no ya en el círculo de lo que se iba a llamar la "*gauche divine*", donde las jóvenes -Yvonne, Beatriz de Moura, Rosa Regàs...- estaban ya emancipadas, sino entre las esposas algo ya más entradas en años de sus amigos del círculo de Vinyoli, lo que incluye algún que otro devaneo con la madre de Helena. Tenía Gabriel dieciocho años más que su amada. Y esta vez correspondido, aunque no sin reparos, la suya fue, cuando menos por parte de Gabriel, una pasión encendida. Pues a sus veinte años la futura novelista Helena Valentí -la muchacha cuello largo del poema que lleva su nombre- era una de las presas más codiciadas de la malediciente sociedad estudiantil. Novia con anterioridad de Juan Antonio Masoliver Ródenas, dice éste que Gabriel literalmente se la quitó, no sin antes, ¿o fue después?, contemplar cómo se rozaba con el benjamín del grupo, Juan Marsé. Cerrado este capítulo amoroso, Ferrater se casó con Jill Jarrell, la bella americana que no pudo por menos que abandonarlo tras cinco años de matrimonio ante su escasa habilidad para la vida práctica. En 1969, cuando el divorcio con ésta se formaliza, Marta Pessarrodona es ya la compañera de Gabriel y su tarea no va a resultar nada fácil, pues la situación del poeta es complicada y necesita todo el

apoyo que se le pueda prestar. Marta resulta ser una gran ayuda para el poeta: vela por él, hace lo posible para que el alcohol no lo venza, lo busca de un lado a otro cuando se escapa de su control, hallándolo en domicilios de amigos completamente beodo; o lo espera durante horas en el austero piso de Sant Cugat, mientras Gabriel bebe ginebra en El Mesón, ajeno al transcurrir de las horas.

A pesar de todo, podría decirse que las cosas empiezan a irle bien al final de su vida y que ello se debe a la lingüística, su última vocación, y al halo misterioso que tan docta materia contribuye a crear a su alrededor. Disfruta de un cierto reconocimiento público, aunque no materializado en prebendas capaces de sanear su maltrecha economía; ejerce como profesor en la recién creada Universitat Autònoma, donde incluso se le augura un gran porvenir; y está, si cabe, más lúcido que nunca, pues ha comenzado a esbozar una gramática catalana cuya redacción considera indispensable para la buena marcha de su lengua de expresión y cuya consecución tal vez le anime a retomar la poesía, que desde hace unos años tiene totalmente abandonada. Aun así, el día 27 de abril de 1972, quién sabe si en lo más negro de la madrugada o entre los tonos granas del amanecer, Gabriel Ferrater se quita la vida. Esa noche, una alumna y su marido lo esperaban a cenar. Dos días después, Marta descubrió el cadáver. No hubo duelo nacional.



LA POESÍA DE GABRIEL FERRATER

Seamus Heaney

La poesía de Gabriel Ferrater es en gran medida lo que puede esperarse de un escritor catalán cuya adolescencia y juventud coincidieron con la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial. El hechizo y la afectación del surrealismo le quedaban muy lejos. Su obra, equilibrada y gravemente meditativa, deja de lado el gusto por la palabra florida y los manifiestos teóricos, de modo que la franca excelencia de muchos de sus poemas alcanza de inmediato al lector de habla inglesa:

*Llevaban minas antitanque, inútiles
y pesadas como un símbolo histórico,
envueltas en mantas empapadas
de olores antiguos, romero y sudor
de mulas. Y también ametralladoras
desmontadas de los cazas alemanes
y metralletas de chatarra inglesa.
En grupos de dos o tres, muy separados
los unos de los otros, ínfimos y tozudos
como la carcoma de un gran tronco abatido,
los maquis agujereaban el Pirineo.*

En términos generales, la de Ferrater es una poesía enamorada de su propia materialidad, pero no del todo satisfecha por ella. Es poesía convencida de su contingencia histórica pero empeñada, con todo, en sus derechos subjetivos. Poesía que

quiere el mundo como meditación pero que no puede olvidar la prioridad de los hechos. Poesía en la que, por ejemplo, sólo se puede dar cuenta cabal de la genuina desolación de la guerra civil a la luz de sus consecuencias, en la tristeza visionaria de un anochecer en el que un tren “*se duerme como un gusano, flácido y largo*”; en la que el gozo absoluto del amor presente sabe muy bien que no puede conocerse de manera adecuada hasta que no se adentra en el pasado, hasta que los amantes no se han convertido en “*ídolos de nosotros,/ para la sumisa fe de después*”; en la que cualquier proyecto, por creativo que sea, se halla amenazado por la premonición de que “*el mérito/ se siente muy poco feliz, recompensado*”. En otras palabras, ésta es una poesía que, no obstante su origen romántico, contempla su promesa romántica con eterno escepticismo.

Y es por ello por lo que ha envejecido tan bien. Al igual que las traducciones de Arthur Terry. “*Pequeña guerra*”, el título del poema que cité más arriba, fue el título de un cuaderno de traducciones de poesía catalana publicado en Belfast en 1967. Arthur era entonces catedrático de literatura española en Queen’s University, y por el mero hecho de llamarse catedrático estaba aureolado de cierta autoridad oficial; sin embargo, pese a toda su erudición, no podía imaginarse a un hombre menos amedrentadoramente profesoral que la figura con la que nos encontrábamos en las reuniones de *The Group* que tenían lugar, semana tras semana, en el apartamento de Philip Hobsbaum. Allí nos íbamos sentando, aspirantes todos, jóvenes profesores, técnicos de laboratorio, funcionarios, estudiantes de doctorado, estudiantes a secas, y Arthur, que había sido amigo de Philip Larkin en la época en que Larkin había trabajado como bibliotecario en Queen’s, y que parecía conocer todos y cada uno de los poemas mencionados, sin importar el idioma original

en el que estuvieran escritos, Arthur se sentaba entre nosotros como si también fuera un principiante. En aquella época era joven para ser catedrático, pero, gracias a que sabía combinar el interés por nuestro trabajo con la defensa del trabajo de otros —como Ferrater—, lo recuerdo más bien como un ejemplo de la figura del poeta joven.

Ciertas cualidades de la obra de Ferrater estaban destinadas a resultar atractivas al temperamento del traductor: una seriedad que no resultaba solemne, una reticencia que no renegaba de la verdad, una franqueza desengañada. Y en Belfast, en la segunda mitad del sesenta, ciertos aspectos de los temas y situaciones de Ferrater tenían un atractivo obvio para el resto de nosotros, pues empezábamos a convivir con nuestros propios problemas, públicos y poéticos. Aquí teníamos a un poeta que había crecido en una Cataluña dividida por la Guerra Civil; que había convivido con “sangre y fuego”, aunque “no me parecían horribles”; cuyo sentido compromiso con las víctimas y crueldades particulares de la época venía a complicarse por culpa de una mente esclava del “demonio de la perspectiva” (en expresión de Zbigniew Herbert). No era ni un poeta retórico ni sentimental, no era un practicante de la poesía de protesta ni un manicurista de la poesía pura; al contrario, su fuerza residía en su “impureza”, el modo, por ejemplo, en que la realidad homicida del tambor de un revólver podía cohabitar con la noción mítica de que la verdad se halla al fondo de un pozo (“*La mala misión*”); o el modo en que una imagen arquetípica (el cobertizo como un útero en “*Atra Mater*”, con sus connotaciones de vagina *dentata*) era enfrentada y absorbida por la vulgaridad mortal del cobertizo como un depósito de munición vieja.

Si quisiéramos un epígrafe adecuado para estos poemas, podríamos optar por unas líneas de “*Hen Woman*”, poema de Thomas Kinsella que plantea sus enunciados y meditaciones de un modo que recuerda intensamente a Ferrater. “*No hay final*”, escribe Kinsella, “*para aquello,/ no comprendido, que puede aún anotarse/ y acumularse... en la yema del ser, por así decirlo,/ para que allí experimente su (casi animal) crecimiento*”. Hasta los poemas más anecdóticos han experimentado un fenómeno de acumulación similar. El incidente referido en “*Lección de historia*”, en el que el general colaboracionista salva el puente —una escena que parece provenir directamente de una película en blanco y negro sobre la Segunda Guerra Mundial—, no poseería su fuerza distintiva y misteriosa si no se hubiera asentado primero en una mente aleccionada por la amargura de la experiencia, consciente de que para lograr el máximo efecto y asegurar la supervivencia “*se traiciona con franqueza, a plena luz*”. E “*In Memoriam*”, su largo poema autobiográfico, es más que la suma de sus quedamente afligidas partes en virtud de esta misma habilidad para residir en la experiencia recordada hasta que adquiere la cualidad feérica de verdad representativa. Es difícil decir, por ejemplo, qué hace tan memorable lo que sigue, si el *pathos* o el poder de la parábola. Ton es un conductor requisado por los nacionales del pueblo para conducir un autobús lleno de vecinos condenados a una ejecución sumaria:

*Trastornado,
miraba de reojo cómo iban bajando
los condenados, que pasaban
rozando su asiento. Los conocía
casi a todos. El señor Subietes
advirtió la revulsión de Ton*

*y se compadeció. Cuando bajaba,
deteniéndose un momento, le puso
la mano en el hombro y le dijo: “Ya ves,
Tonet, cómo nos hemos de ver”.*

Si Robert Frost hubiera crecido durante una guerra civil hubiera podido escribir algo parecido. Pero al leer a Ferrater pienso más a menudo en un amigo de Frost, Edward Thomas, por el modo en que ambos poetas persiguen los detalles de la memoria hasta llegar a lo que en Thomas es “*una avenida, oscura, sin nombre, sin fin*” y en Ferrater “*la estupefacción de los juegos antiguos/ bajo estos pinos fuera del tiempo*” o “*el agua oscura/ que tiene por lecho una garganta de pizarras/ negras, donde resbalan las suelas de cáñamo/ empapadas y viscosas, y los tobillos/ sangran muy fino*”. Pero los veo relacionados, igualmente, porque comparten parecidas cualidades de fortaleza mental y ternura, porque su amor está encendido por extrañas contracorrientes de piedad y algo cercano a la reserva, y porque su sentimiento de que pertenecen desde tiempo inmemorial a la tierra viene a complicarse con un sentimiento de soledad desvalidamente moderno.

Es posible, por supuesto, que esta comparación venga sugerida por las delicadas cadencias yámbicas de la traducción de Arthur Terry, pero no es la única razón. Lo que está en juego, a falta de una expresión mejor, es una cuestión de temperamento. Ferrater procura mantener al lector en presencia de la carne y el hueso. Pero, al igual que otros artistas ejemplares del mismo siglo, mantiene su mirada bien alta y su fe en el poder de resistencia del arte, inflexible incluso cuando la carne y la sangre se amedrentan y caen:

*Entre los objetos del mundo, entre los pocos
objetos que he cogido, hay un cortapapeles:
una hoja corta de marfil,
desnuda para mis dedos, que se me vuelve rosa y pálida
según la luz de los días y los lugares.*

Este cortapapeles es un cortapapeles es un cortapapeles, pero aun así parece estar lanzando un grito, a sí mismo y al autor, como el fantasma de Platón grita en el poema de Yeats: “¿Y entonces qué? ¿Y entonces qué?” Ferrater no sólo nos hace tomar conciencia de nosotros mismos, sino que, como todos los poetas genuinos, nos hace preguntarnos qué es lo que eso significa.

— Traducción de Jordi Doce



Helena Valentí y Gabriel Ferrater en Londres, c. 1963.

Amistad del brazo

El metro iba muy lleno. Me agarraba
al lado de la puerta, de un barrote
niquelado. Tenía el brazo tenso
y toleraba aquella persistencia
de un peso tibio sobre el antebrazo.
Había poca gente cuando al fin me volví.
Era muy joven. Fea y pobre, descarnada
como una enjuta cabra mogrebina,
obstinada la frente, ojos cerrados,
abalanzada por toda carencia,
un brazo aún sin dueño, libre y promiscuo,
y no veía que alguien se movía
y se aislaba ante ella. Yo, también
muy joven, demasiado, aún no sabía
reconocerme, más que en la elección,
en aceptar. Así, abandoné el brazo,
como si ya no fuera mío, hasta
la estación, cuando se rompió de pronto
la última cuerda del violoncello.

Versión de Pere Gimferrer.

El mutilado

Ya sé que no le quieres.
No lo digas a nadie
Los tres, si tú me ayudas,
guardamos el secreto.
Nadie más ha de ver
lo que tú y yo hemos visto.
Se esconderá de todas
las personas y cosas
que antes eran amigas.
Vendrán días de invierno,
muy lejos de las mesas
donde os servían antes
ostras y vino blanco.
En los días lluviosos
no mirará el asfalto
donde os habíais visto
cuando ibais a pie
porque no había taxis.
No abrirá más los libros
que le hablaron de ti:
ignoraré qué dicen
cuando no hablan de ti.
Y sobre todo, puedes
estar segura, nunca
sabremos dónde está.

Él se irá confinando
en muy lejanas tierras.
Caminará por bosques
oscuros. No verá
la azagaya de luz
de la memoria súbita.
Y cuando esté tan lejos
que ya parezca muerto
podremos recordarle,
decir que no le amabas.
Ya no nos dolerá
ver que te necesita.
Será como un espectro
sin dolor y sin vida.
Tal la foto macabra
de una Gueule Cassie,
que orna un escaparate
y no nos sobresalta.
Pero ahora, silencio:
no alarmemos a nadie,
que no vean la herida
sangrante y purulenta.
Demos tiempo al olvido.
Callemos, y que nadie
-ni siquiera yo mismo-
recuerde que soy yo.

Versión de Pere Gimferrer.

Kensington

La luz de estío nórdico es inmensa
-y aquellas tardes que no mueren nunca.
Tal la paz de después. Cuando ellas dicen
casi el viejo secreto que buscamos siempre
por sendas nuevas.

Y ella habla, y me cuenta
las imágenes que con ella recorren su camino:
su camino, tan lento, por donde la conduzco
hasta la cima.

*“Siempre creo que me transformo.
Nunca sabrás las cosas que me haces creer,
cuerpo mío. Una vez yo fui Kensington,
esa extensión de calles tortuosas,
llenas de luz sin sol. Y hace un momento
te digo que me he vuelto una flor amarilla.”*

Imágenes florales me son fáciles.
Du bist wie eine Blume, y en la mano
tengo aún el recuerdo de una flor carnívora,
la cosa que se abre hasta una flor
de húmeda carne, la corola abierta
vasta increíblemente, para que yo, insecto,
me entregue. Digo:

“Te conviertes en flor,

y hacia aquí todo el cuerpo te sube”.

Me equivoqué. Luz pura. Todos los dibujos que sé calcar, no sirven. Y corrige:

“No, no cuenta esa flor. Era del todo amarilla. Te me he vuelto una flor amarilla”.

Versión de José Agustín Goytisolo.

La confidencia

Todas las luces de la noche están dentro de los trozos de hielo, que nos repartimos y no bebemos. Nos lo hará saber. En todos los detalles lo hemos de saber: cómo la violaron, y el pasillo del colegio se volvía un vado de piedras secas, y los buitres explotaban en el aire como las gotas de gasolina en los pistones. Hay quien sabe sufrir más que los demás. Todos queríamos sentirnos delgados y juntos, hacernos un haz de juncos y abrigar las blancas médulas con frescores de musgo. Hay uno que sufre más, hasta que levanta el perrito y se lo tira a la cara, y ella se derrama por el suelo, blandamente. Un charco redondo de baba y piedad de ella misma. Y no podemos hacer nada. Debemos esperar a que alguien proponga que nos marchemos.

Versión de M. Àngels Cabré.

La playa

El sol se la ha tragado. Andaba sola,
descalza como el mar, vestida como
el mar, con blusa blanca y *slacks* verdes,
y luminosa y rubia como el aire,
como el león de la furia total.

Se la ha tragado. En jauría, furiosos,
cortaremos el viento de hojalata
con la cizalla de los aullidos.

Arañemos la arena. Ladremos
al mar, al disfrazado.

Versión de Pere Gimferrer.

Ocio

Ella duerme. Es la hora en que los hombres
ya despertaron, y una escasa luz
entra todavía a herirlos.

Con muy poco nos basta. Solamente
el sentimiento de dos cosas:

la tierra gira y las mujeres duermen.

Reconciliados, nos apresuramos
hacia el fin del mundo. No nos es preciso
hacer nada para ayudarle.

Versión de José Agustín Goytisolo.

Tiempo atrás

Deja que vuelva atrás, hacia tu tiempo.
Otra vez nos citamos donde siempre.
Veo la negra pasarela -hierros
delgados-, cielo blanco, hierba humilde
en tierra de carbón, y oigo el silbido
del expreso. A nuestro lado -hemos de hablarnos
a gritos- pasa. Desistimos, y yo río
al ver que ríes tú y que no te oigo.
Tu blusa gris, color de cielo; azul
marino, cortas y anchas, son tus faldas,
y hay en tu cuello un amplio *foulard* rojo.
La bandera de tu país, te dije.
Todo como aquel día. Van volviendo
las palabras que nos dijimos. ¿Ves?
Vuelve aquel mal momento. Sin razón,
callamos. Tu mano sufre, y, como
entonces, tiene un vuelo vacilante,
y el abandono, y juega con el ruido
triste del timbre de la bicicleta.
Suerte que ahora, como entonces, llegan
aquellos pasos férreos, la excesiva
canción de hombres de verde, con sus cascos
de acero, nos rodea, y ahora un grito
se nos dirige, autoritario, como
oro maligno de una serpiente, y hemos

de ocultar la cabeza en el regazo
acogedor del miedo, hasta que al fin
se alejan. Ya nos hemos olvidado
de nosotros, y porque se alejan
somos felices otra vez. Nos lleva
a reencontrarnos este movimiento
sin recuerdo, y por estar aquí
los dos somos felices, y no importa
que callemos. Podemos besarnos.
Somos jóvenes, y no sentimos
piedad por los silencios que han pasado;
tenemos miedos de otros, miedos que
podrían distraernos de los nuestros.
Bajamos la avenida. A cada árbol
sentimos frío, entre la sombra espesa.
Vamos de frío en frío, sin pensarlo.

Versión de Pere Gimferrer.

THANASIS KOSTAVARAS

El viaje

¿Dónde vamos?
¿Dónde despilfarramos nuestras palabras más bellas,
nuestros sueños más valientes...?
Nos movemos como el fuego
y nos apagamos lentamente sin dejar nada.
Cuando en nosotros alguna vez bramaron los ríos.
Cuando florecieron los mares.
Cuando los bosques se hicieron tempestuosos,
iniciando viajes más allá de estas montañas cerradas.
¿Dónde vamos?
Regresamos.
Cada vez más inevitablemente,
cada vez más desesperados regresamos.
Sin que hasta ahora viajemos.
A ninguna parte.

El circo

No he dicho nada todavía.
No he dicho nada aunque fluya siempre nuestro dolor
entre banderas, altavoces y fuegos artificiales.
Pero nuestro dolor más grande no se dice, no se escribe.
No lo escuchan los demás.
Sólo da vueltas dentro de nosotros. Como el león, gruñendo,
comiendo de nuestra carne.
Nuestro dolor más grande no se cambia en gloria.
No se vuelve circo ni mercado.

Los perdidos

Me salvé.
Para hacerme un viejo miserable
lleno de arrugas desilusiones y errores
gasté mi vida en detalles.
Sopesando ademanes y palabras.
Comprando caro con sangre y al final vendiendo barato.
Somos una generación que no tiene ya más que recuerdos.
Vivimos el fuego y el miedo,
la soberbia y la amargura,
la decisión y la negación.
Ahora acabados nos sentamos en las noches
y hacemos las cuentas
y siempre salimos perdiendo
(aunque aún no sepamos dónde debería estar la ganancia)
y sin embargo hallamos los golpes parciales
sobre todo eso: interminable en nosotros
la última herida.

Autobiografía

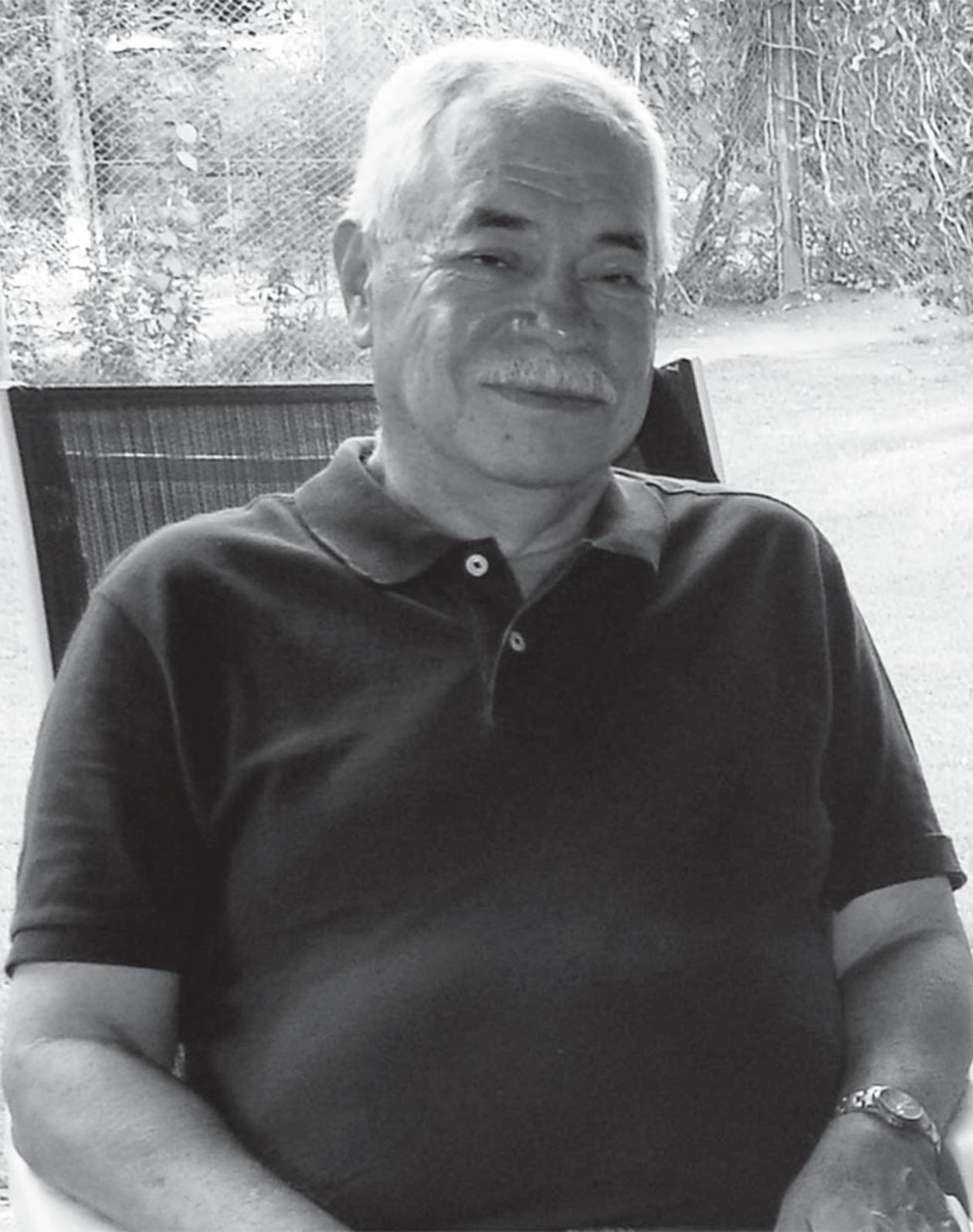
Viví como una fiera.
Atento siempre el oído.
Cambiando de rostro y de nombre
entre fusiles, hierros y cuerdas.
En pozos echaron mi sueño.
Perros y alambres desgarraron mi cuerpo.
Nada me dejaron,
sólo salvé mi silencio.
Viví mi vida como una fiera.

Versiones de Francisco Torres Córdova.

WILLIAM AGUDELO

Tres

Tras la pantalla grumosa
de la lluvia que bate
el parabrisas ella, en
su inútil carrerita,
se diluye como forma
de azúcar, se descuelga
en fugaces mieles pálidas,
como si, sin remedio,
se escurriera por las
rejas de la alcantarilla



Cuatro

¡Ah! Las *Bauernsalaten*
con el rojo festivo
de las rodajas de tomate
sobre su rizada cama
de lechugas, la cebolla
dispuesta en grandes
anillos nacarados, las ruedas
de pepino brillantes como
esmeraldas y el rojo
ceremonial de la remolacha
junto a los penitenciales
discos de zanahoria. Tan
ligeras de comer esas fuentes
que han atravesado
las cortinas del vinagre
y del aceite y de la sal
y llegan a la mesa nevadas
con el resbaloso *fetta*.

Entrar en ese balance perfecto
es placer que se retoma
después del alto en que
se ha dado paso a la más
vivaz y acariciante cerveza
del día. Esa que brilla siempre
con luz propia a través
del grueso cristal tallado.

Nueve

El tren se detiene en Telge y ella
entra al vagón jaspeada de plata,
ocres, amarillos, rojos y dorados.
Afaisanada. Hermética y muelle,
con esa apariencia de solidez con que
nos engaña el plumaje
de las gallinas de Guinea.
Toda su carne es gelatina tibia
bajo las cuasiplumas.

Diez

Bockwürste mit Bratkartoffeln
en casa de Hermann: una fiesta
de salchichas y papas de oro
para nuestro paladar chanchero.

Importante el primer ataque
(los *Bockwürste* han de empezar
con mordisco), hincar los dientes
en su piel al borde del estallido,
porque tras la explosión de grasa
ligera que baña el paladar vienen
las papas so cocidas, so fritas,
tostadas por fuera y tiernas
en su interior, tal como salen de
la negra cazuela de Hermann.

Entre unas y otras, los amplios
sorbos de espumeante *Wückuler*:
garganta abajo su sin par
frescura amargosa

Once

Almuerzo en Güterloh
con espárragos blancos
de dulces y jugosas
fibras blandas. Al lado,
visto a través de la ventana,
un campo de ellos en cosecha.

Qué bien se le suman al suyo,
los sabores de la carne y
de la mantequilla.

Y, en dosis oportunas,
las pausas con vino blanco
seco que enjuaga la lengua
y la deja renovada para la
siguiente acometida.

El gusto de los espárragos
y lo que los aliña viene
en oleadas; después
de la primera éste se afina
y se asienta en lo profundo.
Casi tras el paso por el paladar
ya ha ocurrido la maravilla
de la mezcla, como la memoria
mejorada de lo gustado,
con cada ingrediente en su lugar.

DAVID CORTÉS CABÁN

La nieve

La nieve cae con el viento
y el frío de la mañana
para los que esperan
sin tener nada que esperar

La nieve es un motivo
para que el alma se quede
en algún lugar

La voz no puede rescatarla
Nadie espera que el viento
se detenga

Una rama gira sobre otra
No hay ningún orden
para ir hacia centro
No hay nada que rescatar



Todavía estoy aquí

Lo que soñé
está guardado
como un vacío
en medio de la nada
donde dejamos el cuerpo
para que alguien
tome posesión
mientras llega
el próximo instante
Todo exhala un aire
seco y húmedo
Pero nadie ha llegado
y la mirada no encuentra
el regreso
Ni espera que alguien entre
y se lleve lo que queda
a la intemperie.

Viaje

Si regreso ¿qué me retiene?
los acontecimientos son los mismos
la luz se filtra y deja una línea
que cruza sobre mi cuerpo
y cierra el sonido
detrás de la puerta
Me quedaré
en la habitación
como si depositaras en un baúl
un fardo de cosas viejas
No es nada divertido
querer alcanzar lo imposible
como si todo existiera lejos del mismo lugar.

El enfermo

La mirada queda
sumida en el reflejo
de la primera impresión
Todo es cuestión de segundos
Un paso más
hasta que las piernas insinúan
haberse movido
El esfuerzo requiere que el cuerpo
se aproxime
sin que las piernas sientan
el desbalance
como una hoja que cae
y pasa por un túnel oscuro
sin saber lo que acontece al final
Así el cuerpo va distanciándose
atraído por un camino
que desaparece en la habitación

ANDRÉS MORALES

Horas

No es tan tarde aún ni tan temprano,
pero es tarde para mí y en la mañana
tuya, entre los árboles y el mar
tu dulce hablar de mayo,
el terco semblante de mi cara,
despuntan ese hábito de amar,
la desventura.

No es temprano aún y ya es muy tarde,
pregunto como un pájaro en su fuga:

¿aún hierve la sal en tu figura?



Domicilio

Números de piedra, malditos números de piedra:

Mi casa no tiene calle, no tiene techo, no rezuma a caldo.

Mi casa está asentada en el silencio
de un terreno yermo, inquieto, plano
donde nunca florecen los niños
donde la esperanza es sólo una palabra.

Tránsfugo Uno

Tránsfugo en el hablar, pensar y en escribir,
como un océano que muere y se resiste
en pequeños charcos de miseria.
Tránsfugo en esta rara existencia; falsificada
mentida, copiada, acéfala.
Tránsfugo en el amor que pareciera existe
aunque solo es otro engaño de aquel
Caballero de los Espejos.

Como el cielo que se asfixia en otro cielo
lleno de esferas blandas que pensamos son estrellas,
en estas palabras que no gritan
ni murmuran, que no lloran ni se ríen.

Tránsfugo en la muerte que quiere imaginar resurrecciones.

Tránsfugo Dos

Tránsfugo de mi y de ti y de todos
igual que el sueño de Adán donde el agua
nunca se queda en sus dedos.

Tránsfugo del verbo, del tiempo, del azar.

Tránsfugo e inconcluso, tránsfugo y estéril.

DAMIR ŠODAN

Los años cincuenta a la manera de Adam Zagajewski

Mi padre y su padre
se arrastran por el adoquinado
dirigiéndose hacia la ciudad para ver el partido.

El fuerte sol del mediodía se difunde a su alrededor,
las cigarras chirrían en los enebros,
en la yerba brillan unos saltamontes vítreos...

El Mediterráneo,
tal como lo conocemos desde siempre,
todavía está aquí.

Un poco más hacia el norte
el mismo sol despeina las coronas de aire de los presos
derritiéndolas

en el sudor de las camisetas blancas
mientras entonan canciones de guerra con melancolía,
y sigue expandiéndose hasta los

grises muelles de Malta
y las cumbres heladas
de la cordillera de Altai en el este.

En algún lugar detrás de Žrnovnica,



el abuelo, como una vieja lagartija,
arruga lentamente la frente seca y agrietada

y entrecierra dolorosamente los ojos
porque los zapatos estrechos le hacen daño,
aquel maldito calzado

que tiene que compartir con su primo hermano,
el herrero,
que obsesivamente roba

(¡aunque ni siquiera él mismo sabe que hacer de ellos!)
pinzas oxidadas y clavos de hierro
del despacho empolvado de la central hidroeléctrica.

Al mismo tiempo,
en un salón en Dedinje,
Tito está bromeando con los compañeros del Comité Central

mientras prueba la nueva y niquelada
máquina torneadora,
pulida como el escroto de un perro.

Desde todas las partes del país
generaciones de caras largas,
calcadas a las de Modigliani, construyen el socialismo,

el cual lenta pero incansablemente,
como el goteo del vitriolo,

los va corroyendo.

Mientras, en la cabeza del padre,
el mundo sigue expandiéndose hacia lo desconocido,
flotando como una medusa transparente,

el hijo sueña
con un nuevo modelo de moto DKV,
negro y brillante,

como los tacones altos de Silvana Mangano,
y poderoso,
como el hábito desatado de don Jerko.

En mis pensamientos
sigo vigilando a aquel joven
—porque no me queda más remedio—

ya que sé
que el camino que tiene por delante
es largo e imprevisible.

Le diría que se relajara
y que tarde o temprano todo
acabará encajando en su lugar,

sin embargo, las palabras no me salen
de la boca:
quizás es porque

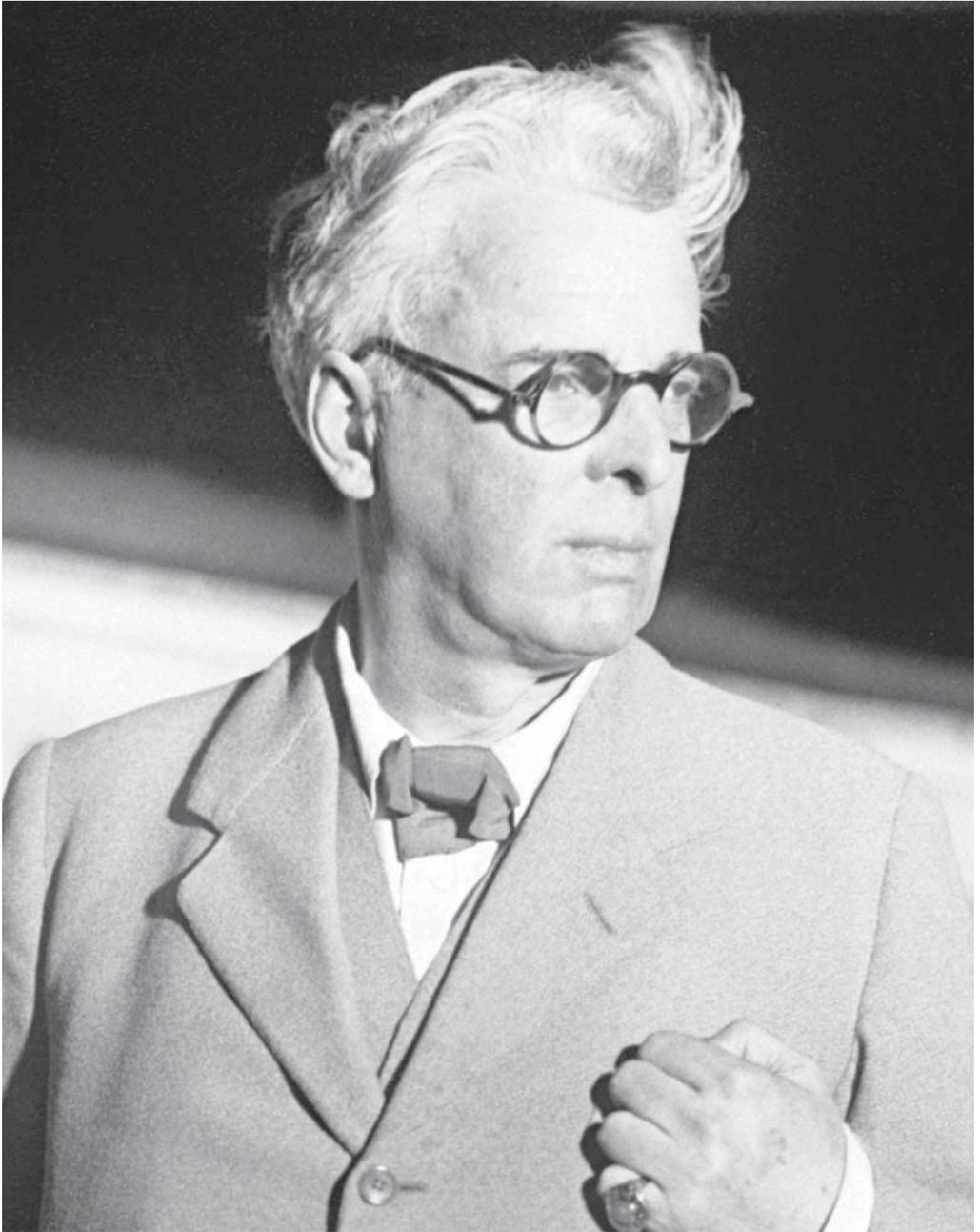
todavía ni siquiera la tengo,
porque yo tampoco estoy como debería,
porque todavía... no existo.

La lírica endocrina

En el año 1934,
después de la muerte de su mecenas,
la cual había sustentado tanto sus escritos
como su actividad política
durante 40 años,
viejo y solo, el premio Nobel W. B. Yeats,
empezó a padecer hipertensión,
y su corazón se debilitó hasta tal punto,
que incluso su vigor creativo
llegó a ser puesto en duda.

Sin embargo Yeats, ese místico
tan contrario a
cualquier forma impersonal de la ciencia,
oyó hablar de un tratamiento de rejuvenecimiento
y, a pesar de que horrorizaba a sus amigos,
encontró a un sexólogo australiano
en la calle Harley de Londres,
el cual, en la primavera de aquel mismo año,
le hizo la llamada intervención de Steinach
(una variante de vasectomía, que supuestamente hacía renacer
el instinto latente, experimentada por primera vez en Viena).

La intervención debió de ser un exitazo,
ya que en las cartas a sus amigos



William Butler Yeats (Dublín, 1865 - 1939)

William orgullosamente sostenía
que su deseo sexual había vuelto,
y que estaba enamorado de la joven y talentosa
poetisa Margot Ruddock,
de apenas 27 años,
frente a sus maduros 69.

Los cínicos dublinese enseguida lo rebautizaron
como el Viejo Hombre Glande.
Lo importante, de todas maneras, fue que
W. B. volvió a escribir poesía.
uno de aquellos nuevos poemas,
titulado *La espuela*,
dice:

*Piensas que es horrible que lujuria y cólera
deban bailar al son de mi avanzada edad.
No eran tal peste cuando yo era joven;
¿Qué otra cosa me queda para hostigarme a cantar?*

Poco después William recopiló también
el *Oxford Book of Modern Verse*
y empezó a trabajar en la nueva edición de sus *Poemas*,
con tal fervor, decían los testigos, que parecía
icómo si hubiese firmado un nuevo contrato con la vida!
cinco años más tarde ese acuerdo fue roto
a manos de un infarto
—*of all places*—
en la Riviera francesa.

DURRUTI

LA NEGRA SOMBRA DEL PUEBLO CONTRA EL BRILLO DEL PODER



CNT

Durruti 1936

El héroe-gamberro, el líder anarquista,
el hijo de un ferroviario, el guerrillero de ojos de niño
y cara medio salvaje, el proletario-propagandista,
Buenaventura Durruti insistía en la claridad de expresión
y en su pureza más que en cualquier otra cosa.

Cuando él tomaba la palabra, todos entendían de qué hablaba.
Emma Goldman lo describía como una genuina colmena de
actividad que, aparentemente, siempre estaba de buen humor.

La Columna Durruti

se fundamentaba en el espíritu libertario y el sacrificio
voluntario.

en la calle Layetana, a su funeral,
que majestuosamente envolvió Barcelona
en rojo y negro,
afluyeron 500.000 almas grandiosas.

Hasta el cónsul ruso
se conmovió profundamente
a la vista de aquella muchedumbre con los puños levantados
mientras juraban por aquel anarquista
que creía que solo los generales gobiernan con la fuerza,
y que la disciplina, como un destello de iluminación,
solo puede venir
desde dentro.

EL AMIGO DEL PUEBLO

PORTAVOZ DE LOS AMIGOS DE DURRUTI

Año I - Núm 1

Redacción y Administración: Rambla de las Flores, 1, C. - Teléfono 15,721

20 céntimos

■
Unos colores matizan
la epopeya ibérica.
Una bandera encarnó
el despertar de las jor-
nadas de Julio.

Envuelta en los ple-
gues de la enseña roji-
negra surgió nuestro
proletariado a la su-
perficie hispánica con
ansias de emancipa-
ción absoluta.

Un hombre floreció
en aquellas sublimes
jornadas. Buenaven-
tura Durruti tomó tal
gambre humana en el
corazón de las multitu-
des. Luchó por los
trabajadores. Murió
por ellos. Su pasado in-
mortal está ceñido a
esta bandera roji-ne-
gra que flameó gallar-
damente en los albo-
res de Julio majestuo-
so. De su afaud la to-
mamos al descargarlo
de nuestros hom-
bros. Con ella en alto,
caeremos o venceremos.
No hay términos
medios: o vencer, o
caer.



■
¿No somos provocadores? ¿Somos los mismos de siempre?
Durruti es nuestro guía! Su bandera es la nuestra!
¡Nadie nos la arrebatará! Es nuestra!
Viva la F. A. I.! Viva la C. N. T.!

JAVIER ACOSTA

Poemas al oído del perro

—1—

También yo tuve que aprender
a pararme en dos patas
para ganar mi plato de comida.
También sé oler el miedo
y esconder el rabo;
pero mi amo es invisible.

—2—

¿Puedes soñar a veces que eres un lobo,
tienes recuerdos del pezón de tu madre,
te estorban los colmillos,
no sabes qué decir;
también te sientes un extraño
entre los altos hombres?

—3—

Eres completamente el perro.
Pero si te confieso, a mí
algo me falta y algo
me sobra de ser hombre.

Quizás también a ti
algo te sobra ya del lobo,
algo te falta para siempre
de los hombres.



—4—

Conoces tu lugar,
sabes que eres el último,
que no tendrás jamás una silla a la mesa,
que tu deber es salir a cagar a la calle,
que eres aún
más pasajero que tu dueño.

—5—

Me he soñado desnudo
¿te has soñado vestido,
has padecido mi vergüenza?

—6—

Te has quedado pegado a tu consorte
luego de los breves minutos
de la reproducción. Qué triste
es intentar separarse.
Qué embarazoso el dolorido lapso
de la desinflamación —del corazón,
de los maltrechos genitales.

—7—

Maestro de la escucha,
enséñame otra vez
a retirar la garrapata
del oído.

MANUEL ADRIÁN LÓPEZ

Resumen

Mil noventa y cinco días suman
sin un solo perro chino roto
ni escándalos.
No hay residuos de sangre
en la ventana
los cuchillos no se han exiliado
detrás del refrigerador.
Respiramos con la ayuda
de incienso
velas con olor a pino recién cortado
y colonia 1800.
Compartimos un año de astronautas
canciones de Cyndi Lauper,
fotos infantiles
con el mismo teléfono negro en mano.
Pero se ha extraviado el deseo
en un callejón tapiado de hiedra
desprovisto de utensilios
para hallar la luz.



Escenas de película

Busqué ansioso en escenas de películas
que nadie entendía
un desenlace para estos tiempos.
Tenía suficiente material para la banda sonora
pero solo conseguí el silencio
y cientos de papeles repletos
con instrucciones para un suicidio.
Me aturdían mis pensamientos
temporalmente
los depositaba en un pozo
para luego revolverlos
con un gigante cucharón de madera.
Los actores siempre encuentran el camino
se marchan a algún pueblo
se esconden en el verdor del bosque
y aparentan tomar el café
mirando los venados a través de la ventana.

Examen necesario

No esperes maravillas de un martes
cuando sigues imposibilitado
y la histeria te cubre con manta de lana.
Detente ante un espejo
observa fijamente como la ceja izquierda
se eleva
y ese otro que se esconde
detrás de los lentes
se apodera de tu rostro.
Graba tus palabras
mide el peso con que las lanzas al aire
el dardo que clavabas al que te escucha
y la repugnancia que le provocas.
Unos segundos examinando tus acciones
podrían encaminarte
y hasta alcanzar el racimo de uvas
que cuelga paciente
justo detrás de tu puerta.

ALEXA LEGORRETA

Ciudad de los estragos

El amanecer despertó en tus ojos
y el trueno en la ventana atravesó mi garganta
arrancando el límpido rasguño del cielo.

Rasguño de mariposa negra
que lucha a muerte con la tristísima libélula,
mordiéndole las alas de oro
esperanza de su patria.

Me tatué embriones blancos en las piernas
y los llamé pájaros
– desvaneciéndose –
entre los sueños de piedra
que se quedaron atrapados en la última letra
letra de llagas
salpicada de órganos
espanto
deserción de los miembros
del calamar destrozando la tierra.

Tengo puesto el vestido de los muertos,
el que usé cuando bailamos colgados del cerro,
se nos desprendió de los huesos transparentes
y nos llamamos carne agrietada,
sangre secándose en párpados vencidos

hambrientos
callados
entre niebla y serpientes.

Seremos los padres de este entierro,
aunque yo no pueda engendrar el agua
que se entorpece al abrir los poros marchitos,
cuando huya la parvada de murciélagos de nuestras montañas
jorobas dolorosas
venas de témpano
 profundas
 oblicuas
 cristalinas
granadas de cocaína bajo el vientre
que avergonzarán a nuestros hijos por calcinarnos el tiempo.

Ya no tenemos sexo
el olor de nuestro cuerpo se refugió en el campo sin nombre,
porque le hicimos compañía a los cráneos encharcados
 de gritos
 de hambre
 de olvido
porque esta ciudad se llenó del diluvio descompuesto del alien-
to.

¿Y las balas de los pájaros?
¿y la tormenta de los mártires?
 ¿y las cabezas sin rostro?

¿y los cuerpos de los puentes?

Aquí,
 en los pies.
 Entre sábanas negras
 – metálicas –
bajo la falda de las fosas.



La faena

El poeta es un torero que se guarda en una cantina. Se reúne con sus putas porque la soledad fue un llanto que desde niños aprendieron a recordar. Y lo ensayaron como se ensayan los premios del miedo en el escenario oxidado de la vida.

Viene arrastrando la mandíbula sedienta, nadie le dijo que despedirse del mundo fuera tan fácil; que sus putas se visten de organza la lengua para besarle el tristísimo vientre – sin olor – sin granada que reviente en gélida noche.

Salta el toro de las vitrinas empolvadas de fracasos, de felicidad que sus padres le cosieron el sexo, porque solo así recordarían que la bravura del amor se encuentra en los órganos, en la densa oscuridad de la piel que convulsiona al borde del irritado olvido.

Cae el toro a la arena con una espada entre los cuernos, la estaca se adorna de claveles blancos, de manteles que brillan plateadas almas. El torero se ata los machos para poner el mundo por montera; jamás encontrarán un tumulto de ojos en las estrellas de esta cantina, que el ornamento principal del torero poeta es su propio ego, que el capote de brega es la palabra, que el tercio de muerte se encuentra en los años embestidos.

Danzan iluminados sobre esqueletos cubiertos de libros, porque solo así aprenderán a recordar sus nombres, no importa que le salpiquen el traje dorado, la sangre es un elegante bramido de agua confusa.

El concierto de cuernos le atraviesa la garganta para salir por sus ojos, gorjea meteoros de sueños que se le escurren, pedazos de carne que sus putas recogen con los senos mordidos, alcanza su banderilla negra, se le incendia la memoria, cae su mano cerrada en un puño, en un poema vencedor que apacigua a cualquier borracho.

After Heaven

Ábreme el silencio vencido y vete
hay quienes no tenemos un muerto a quién llorar,
ni un beso a quién rogarle.

Ábreme la nostalgia
que sea la llovizna dormida quien te nombre
salpica esquirlas de esta mente descorpórea,
hay quienes somos caracoles bajo el agua
y no sabemos cómo engendrar el pensamiento del exilio.

¿Crees que es fácil mirarse frente al espejo con el cuerpo desnudo?
¿Crees que es fácil ingresar a este espíritu de témpano?
Cualquier vacío es más fácil que este triángulo famélico y nervioso
porque en cualquier momento desenterraremos a nuestros hijos
con sus raíces descompuestas
y los ojos alfombrados de espanto.

Ahógame el grito
– la oscuridad en su pesadumbre –
que se pudra el aliento
las costras de la carne
que los pájaros de metal nos picoteen las flamas lechosas.

Ábreme la mandíbula
– derrama el tiempo –
porque no tenemos un muerto a quién llorarle
porque no tenemos un beso que mendigar a la jauría
¡Encuéntranos!
vencidos de hambre,
amándonos la tierra,
que nos arda la miel herida
que hiervan los cielos más tristes
sobre el montículo de manos encharcadas,
y luego lárgate
¡Lárgate!
pero cósenos el verbalismo reventado de cicatrices.

JUAN JOSÉ ESCOBAR

¿El arte es artificio?

Salta la cuerda en escenarios públicos.
Le grita a Bolívar, el jinete
“Baja y mea como nunca”.
Sombrero corto, sin medias.
Expele todo a incienso.
El astro devorado, se agita el fuego fatuo
todos a la espera de la noche y el teatro
no hay actores, la escena se confunde con la plaza
las miradas huyen, las pasiones brotan
se encienden ya las luces,
las aves buscan ocultarse.
A mi siniestra el lugar de los arrepentidos,
la luz tenue, nos intermedian unas aguas,
brisa mecedora de almas.
Buscan todos algo, antes veía hombres
hoy solo actores del teatro del mundo,
gentes falsas, sin libretos ni trabajos,
¡Sentadas!
Ahí residen sus obras
solo esperan.
La tarde ya se fue, llegaron tarde a
presentarse, nadie puede entonces verlos
solo están solo vienen y van
cada uno está solo con su sombra
uno usa un palo para sostenerse arriba
está la vida que lo aplasta, que lo niega
más reniega ser de aquí.

Frente al Valle de Tuluá

Silba la cigarra alternando con el marchar del sol, en esta sinfonía no hay silencios, las semicorcheas se roban la armonía, se desprende un hilo de agua intermitente en varios puntos del tejado, al horizonte entre el valle una sempiterna serpiente reptá caudalosamente entre cañaverales, el río es un espejo de la tarde y de las nubes, el río es una mezcla de sentires y pesares el río se lleva los sueños de los hombres, el mover del río es el olvido, el reflejo de las nubes la esperanza, el hombre así hecho con las materias del río, el olvido y la esperanza, olvido somos padecemos su transcurso, la inevitable forma en que se escapa la sustancia de que estamos hechos, el agua, que es la única forma de existencia del tiempo, del pasar, como pasan ahora las nubes reflejadas en el río, así en la vida se refleja lo que ha pasado, en el cuerpo las cicatrices, en el alma las heridas. Qué es entonces la muerte sino ese rojizo color que se plasma en la luna estos días, manchando no solo a las pasajeras nubes, sino, principalmente los espíritus de los hombres.



Primer manifiesto de un poeta fallido

¡Qué falso el mundo, que error el hombre!
Acaso existir sea más que convivir con estos absurdos,
y no ser más que pasiones y pensamientos;
la política no es otra cosa que sentirnos el blanco
de los amores y odios de ignorantes;
la ética es solo la medida que nos ponemos
para no acabar con la raza malvada que somos.
Falla el hombre de obra y pensamiento,
nunca reconoce sus torpes mentes y su craso actuar
no puede ahondar un ser la oscuridad
o la fuerte roca sin el menoscabo de la claridad
de ser bestias entendidas y profesionales
en pesares. ¡Basta de actuar en el teatro racional
de un mundo que ha fallado!

Templo vegetal

Dicen que la cantidad de arena
Débese a que antaño estas tierras
un desierto fueron.
Flota la espuma sobre el río
Mientras la corta corriente,
Ya en calma, anuncia,
Denuncia, pronuncia
Que en el bosque ha pasado
La tormenta.
Un perro se hace el muerto
El niño se deja ir en su triciclo por la gravedad
Sin saber que ella existe ni los peligros
Que lo esperan. Todos pasan sobre el río,
Olvidan que al pasar ellos y pasar el río
Se funden dos instantes en el universo que no
Se encontrarán de nuevo, esos dos instantes,
En que un hombre sabe que su existencia es vana
Y la corriente y fuerza y presión del río es vana.
Somos ese pasar, esa búsqueda constante.

El peso del transcurso

Pesa sobre el viejo la vida
Pasa el viejo andante por el camino
Mirando atento teme irse pronto y perderse lo que viene,
A paso lento siente el peso del pasar
Un rostro vacío, ajado, marchito
La huella del tiempo agrietó las orillas,
los cabos, el golfo, la mar acusa hubo tiempos
Mejores, la vejez aliviana la vida
Lejos de toda esperanza la materia se hace débil
No hay mañana ni hoy ni hombre completo,
Arrojado, doblado, aferrado a una obra inconclusa
Observa cómo el río se lleva lo poco de sí, su mirada
Toma el camino corto evadiendo la corriente,
el sol, las mujeres, la muerte.

VICTORIA OCAMPO

Consuelo Triviño Anzola

Victoria Ocampo fue una de las figuras más influyentes de la cultura Argentina del siglo XX. Rabiosamente cosmopolita, no solo dominaba el inglés y el francés, lenguas en la que aprendió las primeras letras, sino que además se mantuvo en la vanguardia, respecto a modas artísticas y literarias europeas, así como a los adelantos científicos y tecnológicos, gracias a los frecuentes viajes trasatlánticos que realizaba con su familia. Bautizada como Ramona Victoria Epifanía Rufina Ocampo nació en Buenos Aires en 1890 y murió en 1979. Era hija del ingeniero Manuel S. Ocampo y de Ramona Aguirre, quienes pertenecían desde la época de la independencia al llamado «poder culto», liberal y conservador que se afanaba por seguir los cánones ingleses y franceses. Entre la civilización y la barbarie, el viaje a Europa era una necesidad imperiosa para estas familias, que llegaban a París con las vacas, los aparejos y la servidumbre para permanecer por periodos de hasta dos años. Su prosperidad llamaba tanto la atención que el patronímico «argentino» equivalía a «rico» en el París de las primeras décadas del siglo XX.

El estilo de vida adoptado por la familia Ocampo Aguirre se puede apreciar en lo que queda de la Villa de



Waldo Frank, María Rosa Oliver, Victoria Ocampo y Eduardo Mallea.

San Isidro, la mansión situada a pocos kilómetros de Buenos Aires, donde residía la mayor parte del año. Hoy es una institución cultural protegida por la Unesco que exhibe el legado de su propietaria. La reconstrucción de su atmósfera nos permite hacernos una idea *la belle époque* que protagonizó la naciente y próspera Argentina. Construida en 1890, año del nacimiento de Victoria, fue el escenario de la infancia bajo la vigilancia de una institutriz francesa, al lado de sus cinco hermanas. Los adelantos tecnológicos de las últimas décadas del siglo XIX se ponían al servicio de estas gentes. El tren, que hizo su aparición en 1891 les redujo la distancia de Buenos Aires a San Isidro a 25 minutos. Además, se instaló el servicio de agua corriente para mayor confort de sus habitantes, que modernizaron sus baños con váteres y bañeras importados. Siguiendo su ejemplo, otros se animaron a construir casas de verano a las afueras, donde acabaron viviendo el resto del año cuando la ciudad se expandió. En los años treinta y cuarenta en la mansión de San Isidro se alojarían Rabindranath Tagore, Roger Caillois, André Malraux, Waldo Frank, Indira Gandhi, Gabriela Mistral, José Ortega y Gasset y Federico García Lorca, invitados por la gran dama.

Además de importar el estilo de vida de los países más adelantados, estas familias alimentaron los sueños de muchos europeos que colmaban su afán de exotismo con las leyendas sobre el Nuevo Mundo. Argentina, tras derrotar al caudillo Rosas, ya no encontró obstáculos en su batalla contra la «barbarie». Vías de comunicación, fomento de la escuela pública, mejora de las condiciones



de vida y llamado a la emigración europea, el padre de Victoria, como ingeniero de caminos colaboró con ese proyecto llevando los ferrocarriles por la extensa geografía, como los pioneros que veían en el ejercicio de las libertades un signo de progreso. La hija, en cambio, conquistará otro territorio aún más agreste, el de los derechos de las mujeres, cuando el país se debatía entre las tendencias más conservadoras y la necesidad de progreso de una burguesía que dejaba atrás las costumbres de la estancia.

Tanto si pertenecía a las clases populares, como a las altas, el papel de la mujer era muy limitado: asegurar la continuidad del orden establecido a través de un matrimonio: perpetuar la estirpe. Victoria se negó a reducir su vida a atender el hogar burgués. Desde muy joven rechazó ser un objeto, aunque se casó en 1912 con Luis Bernardo de Estrada, y el matrimonio duró muy poco. Entre los hombres vinculados sentimental e intelectualmente a Victoria se puede citar a Pierre Drieu La Rochelle, Waldo Frank que le sugirió fundar una revista y Ortega y Gasset que le sugirió el nombre de la revista Sur.

Entre los conciertos, el ballet y el teatro, las modas, los libros y las exposiciones se diluían las frustraciones de una joven Victoria que deseó ser actriz, a lo que su padre se opuso tenazmente. Atrapada en los rígidos mandatos de su clase, sus inquietudes intelectuales la sacaron del frívolo ambiente en el que se desarrollaban unas vidas más preparadas para el derroche que para la construcción de una sociedad democráticamente avanzada. Una vía de realización para Victoria fueron proyectos culturales,



como la fundación de la revista *Sur* en 1931 y la editorial del mismo nombre, así como la creación de la Unión de Mujeres Argentinas. Se deshizo del rígido corsé y de los vaporosos velos, para ser ella misma, con el ímpetu que siguió a la guerra del catorce, cuando se convirtió en una mujer de vanguardia.

Victoria emprendió una tarea de difusión cultural en los años treinta como directora de una revista y editora, empresa en la que empeñó su fortuna. Por cerca de tres décadas reinó en el panorama cultural de su país, a pesar de las resistencias de un sector de la sociedad que la consideraba privilegiada y cómplice de regímenes fascistas. Con todo, fue la primera mujer elegida miembro de la Academia Argentina de las Letras, entre otras distinciones. En el verano de 1931 vio la luz *Sur* como revista trimestral, con sede en la casa de Victoria. Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Ortega y Gasset, Waldo Frank y Pierre Drieu La Rochelle, entre otros, hacen parte de los asesores extranjeros. En este proyecto cultural Victoria contó con los jóvenes de la generación de Borges y Bioy Casares que podían mirar con distancia las vanguardias y que se alejaban de las generaciones anteriores. La revista pasó por distintos momentos de la convulsa historia argentina y, aunque fue tachada de elitista, no siguió ninguna bandera política. Pero, sospechosa de antiperonista, Victoria fue confinada a la cárcel en medio de un debate entre intelectuales que cuestionaban al peronismo y a sus seguidores, y quienes los despreciaban. Finalmente, la intelectualidad reconoció el legado de esta mujer singular, al margen de



sus inclinaciones ideológicas, desde Juan José Sebreli que destacó su osadía de declararse atea y entregarse con total libertad a prácticas poco convencionales en su medio, hasta Borges que, tras su muerte en 1979, dejaría un emotivo testimonio de Victoria Ocampo: *«En un país y en una época que se creían católicos, tuvo el valor de ser agnóstica. En un país y en una época en que las mujeres eran genéricas, tuvo el valor de ser un individuo. [...] Personalmente le debo mucho a Victoria Ocampo, pero le debo mucho más como argentino».*



VILLA OCAMPO EN SAN ISIDRO

Raquel Garzón

Yo soy del mundo entero, sin dejar migajas, escribió Victoria Ocampo. Un espíritu cosmopolita que se respira en Villa Ocampo, la vieja casona de dos pisos, color terracota y estilo ecléctico situada en San Isidro, a las afueras de Buenos Aires, que se convirtió por decisión de su dueña en centro de encuentros intelectuales y debates audaces que anticiparon el espíritu global. En memorables tertulias domingueras donde los scones alternaban con la traducción de libros que el siglo XX convertiría en clásicos, en esos salones, que hoy pueden visitarse, rezuma mucho del espíritu en el que se cocinó gran parte de la Argentina ilustrada nucleada en Sur, la revista cultural fundada y dirigida por Victoria.

A sólo 30 minutos en coche hacia el norte de la ciudad de Buenos Aires, convertida en pujante “escenario de cultura” (un destino que su dueña tuvo en mente al donar la propiedad a la Unesco en los años setenta, temiendo que el peronismo la expropiara), Villa Ocampo ofrece una deliciosa zambullida en su historia, que comienza en 1891 cuando fue inaugurada como residencia de verano de la familia Ocampo, rica estirpe de estancieros, militares y constructores.

La entrada permite permanecer en la casa todo el día e incluye una visita guiada que invita a recorrer dos de sus tres plantas de techos altísimos, el comedor imperial que une el roble y la paja (la tradición y lo nuevo, según proclamaba su dueña) y sus diversos salones con amplios ventanales abiertos a



un parque de una hectárea de árboles centenarios.

Por los tres jardines de esa casa, donde perseveran el bordó del laurel florido y el perfume dulzón de las madreselvas, en 1924 se paseó largamente el premio Nobel de Literatura Rabindranath Tagore, importando al Río de la Plata aires de la India. También allí se hospedó por cuatro años un jovencísimo Roger Caillois, a quien la Segunda Guerra Mundial impidió volver a Europa. Invitado por Ocampo a dar una serie de conferencias en la Argentina, el sociólogo francés se enamoró del país, de su literatura (que difundiría con el tiempo a través de la colección La Cruz del Sur) y de la anfitriona (que pasaba de la cincuentena cuando se convirtieron en amantes).

En esa misma geografía, el británico Graham Greene disfrutó de una vida *“regular, feliz y diferente”*, perdiéndose por las tardes en cines de provincia, donde pasaban películas de serie B (después le dedicaría su novela *El cónsul honorario*, de 1969, a su amiga Victoria, en recuerdo de esa temporada). Fue también en uno de los salones de Villa Ocampo (la sala de estar), apoltronados en sus cómodos sillones durante una tertulia de 1931, donde se conocieron Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares. Y también allí, en la sala de música, sonaron en 1936 los acordes revolucionarios de Ígor Stravinski con él sentado al piano. Comprado por Victoria durante su luna de miel (¡que duró dos años ininterrumpidos en los locos años veinte!), ese teclado Steinway usado hoy en las veladas musicales de la villa tuvo además a Manuel de Falla y a Federico García Lorca como solistas invitados a su paso por la ciudad.

Con ese cóctel de bohemia, glamour, arte e intelecto como prehistoria, uno puede pasar un día diferente en Villa Ocampo y descubrir uno de los costados menos folklóricos de la ciudad, que gira alrededor de la personalidad hipnótica de



La biblioteca de Villa Ocampo

Victoria Ocampo, abeja reina del mundillo cultural argentino del siglo XX. Una mujer sobre la que pesaban, según el escritor estadounidense Waldo Frank, otro de sus amigos, tres maldiciones: “*La de la belleza, la de la inteligencia y la de la fortuna*”. Una belleza fotografiada por Man Ray y Grete Stern; una inteligencia celebrada por otros intelectuales de su tiempo (“*usted ha cambiado la dirección de lectura en varios países de Suramérica*”, afirmaba la poeta chilena Gabriela Mistral a propósito de Sur) y una fortuna heredada, generosamente invertida en arte y artistas, que le permitió poner en marcha ese proyecto cultural sin precedentes. Sur se convirtió en un puente en castellano hacia todas las vanguardias. Gracias a esa revista, que se publicó durante casi 40 años desde 1931 y que llegó a contar con su propio sello editorial, en Argentina se leyó a Albert Camus, Virginia Woolf y Jean Paul Sartre antes que en Estados Unidos.

Fotografías, retratos, tapices, muebles y vitrales cuentan parte de esta apasionada historia que Ocampo reflejó también en su *Autobiografía* y sus *Testimonios*. La aventura de recorrer la casa incluye asomarse a la biblioteca de Ocampo (una joya de doce mil volúmenes) y la posibilidad de merendar en la galería, por la que también pasearon, arrullados por la música de la fuente, Antoine de Saint-Exupéry, el autor del archiconocido *El principito*, e Indira Gandhi, entre otros.

ID-287

BECCAR LE ENCARGO EL PROYECTO AL ARQUITECTO LE CORBUSIER

Su casa en Palermo, otra "obra" de Victoria Ocampo

En Villa Ocampo exhiben fotos, planos y muebles de la casa vanguardista que la escritora mandó a construir en 1942.

Maria Cecilia Street
mstreet@clarin.com

Cada detalle de la vida de Victoria Ocampo resulta sorprendente. Esta mujer que se destacó como vanguardista dentro del ambiente literario, también ayudó a revolucionar la arquitectura: la casa que mandó construir en la calle Rufino de Elizalde, en Palermo, es la primera vivienda racionalista de la ciudad de Buenos Aires y el motivo de una nueva muestra en Villa Ocampo.

En los salones Norte del primer piso de la casona de Beccar los vecinos podrán encontrar detalles de cómo surgió la novedosa edificación. La casa se basó en un

proyecto que Victoria le pidió al arquitecto y diseñador suizo Le Corbusier. Fue construida por el arquitecto argentino Alejandro Bustillo y actualmente pertenece al Fondo Nacional de las Artes.

En la muestra se exhiben fotos de la casa, dibujos y planos originales realizados por Bustillo, correspondencia entre Victoria y Le Corbusier, el proyecto que el suizo había preparado y diversos modelos en los que la escritora se inspiró para elaborar el proyecto.

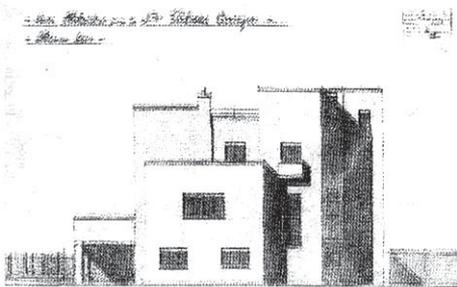
"Victoria construyó su casa blanca y cuadrada en el medio del barrio de Palermo. De esta manera abrió las puertas a la arquitectura moderna en la Argentina", explica Nicolás Helft, director ejecutivo de la administración de Villa Ocampo. La elección del lugar para realizar la muestra no es casual, ya que el mobiliario y las obras de arte que adornaban aquella casa de Palermo fueron trasladados a Villa Ocampo en 1942, cuando Victoria decidió mudarse a la casa de su familia.

dónde

La muestra puede visitarse de jueves a domingo de 12:30 a 18. En Villa Ocampo, Elortondo 1837, Beccar. Entrada: jueves y viernes \$ 6, sábado y domingo \$ 12.

"Con los nuevos muebles, se modernizó la casa al combinar la decoración antigua con la moderna", detalla Helft. Algunas sillas bajas, un globo terráqueo de gran tamaño o la forma de ubicar los espejos, son algunos de los toques impuestos por esta mujer adelantada a su época.

Entre los detalles imperdibles de la exposición se encuentran los dibujos de Le Corbusier, que diseñó con detalle la decoración de las habitaciones de la casa. Una nueva excusa para aquellos que, con razón, no se cansan de visitar Villa Ocampo y para animar a quienes aún no fueron. ●



PLANO. REALIZADO POR EL ARQUITECTO ALEJANDRO BUSTILLO



CASONA. LOS MUEBLES DE LA CASA DE PALERMO ESTAN EN VILLA OCAMPO.

Gabriel Ferrater i Soler (Reus, 1922 - 1972), estudió matemáticas en la Universidad de Barcelona pero se fue a Londres y luego a Hamburgo donde trabajó para la editorial Rowohlt. Director literario de Seix Barral hizo parte del Grupo de Barcelona con Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma y José Agustín Goytisolo, años cuando decidió estudiar Filosofía y Letras mientras enseñaba Lingüística y Crítica Literaria en la Universidad Autónoma. Tradujo al catalán a Kafka, Bloomfield y Chomsky. No había cumplido los cincuenta cuando se suicidó ingiriendo una mezcla de barbitúricos. Sus libros de poemas son *Da nuces pueris* (1960), *Menja't una cama* (1962), *Teoria dels cossos* (1966) y *Les dones i els diez* (1968).

Thanasis Kostavaras [Anakasia, 1927], participó en la lucha de Resistencia Nacional contra la ocupación alemana y fue herido. Estudió odontología, profesión que ejerce en Atenas. Los poemas que publicamos están tomados de La poesía griega de Aléxandros Argyriou, en versiones de Francisco Torres Córdova.

William Agudelo [Bolombolo, 1942], autor del prestigioso Nuestro lecho no es flores [1970], hizo estudios de Filosofía en el Seminario de La Ceja. Cofundador con Ernesto Cardenal de la Comunidad de Nuestra Sra. de Solentiname trabajó como director de artes gráficas y productor de grabaciones culturales en el Ministerio de Cultura de Nicaragua y fue director del Centro Cultural Coro de Ángeles en Managua.

David Cortés Cabán (Arecibo, 1952) es Maestro en Literatura Española e Hispanoamericana de The City College of New York donde trabajó en las escuelas públicas por varios años y ha sido profesor adjunto del Hostos Community College.

Andrés Morales Milohnic (Santiago de Chile, 1962) es Doctor en Filosofía y Letras y profesor Titular de la Universidad de Chile. Premio Pablo Neruda, es miembro de la Academia Chilena de la Lengua.

Damir šodan (Split, 1964) es licenciado en literatura inglesa e historia de la Universidad de Zagreb. Ha publicado tres colecciones de poemas y sus obras de teatro han merecido varios premios. Hace parte de las redacciones de las revistas Quorum y Poezija de Zagreb. Traducciones de Goran Lucić.

Javier Acosta (Estancia de Ánimas, 1967) es Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid. Profesor de Escritura Creativa y Hermenéutica en la Universidad Autónoma de Zacatecas, coordina el Taller de Poesía del Instituto Zacatecano de Cultura. En 2006, recibió el Premio nacional de poesía Ramón López Velarde.

Manuel Adrián López (Morón, 1969). Ha recibido la Medalla de Oro de Florida Book Awards por su libro *Los poetas nunca pecan demasiado*.

Alexa Legorreta [Monterrey, 1990], es Licenciada en Arte Teatral de la Facultad de Artes Escénicas en la UANL y Premio Bellas Artes Baja California de Dramaturgia 2013.

Juan José Escobar (Medellín, 1993) estudia Literatura en la Universidad Pontificia Bolivariana.